

Ceremonia de inauguración del año académico 2004 Palabras del rector de la PUCP

Señores vicerrectores, señores decanos y jefes de Departamento;
señores profesores, alumnos y egresados;
miembros de nuestra comunidad universitaria:

Distinguido invitado:

Iniciamos hoy de manera oficial el año académico 2004 y se trata, como es natural, de un inicio que guarda al mismo tiempo visibles semejanzas y notorias diferencias respecto de los vividos en los años precedentes. Las similitudes se encuentran definidas por nuestra identidad institucional, una personalidad colectiva que nos congratulamos de hallar cada vez más robusta, cada vez más madura y, sin embargo, siempre lozana. Así, encaramos otra vez el inicio de este año con la intención renovada de mantener y mejorar la calidad de nuestras actividades académicas y de formación humana y, tan importante como eso, con la decisión de fortalecer y hacer cada vez más fructífero nuestro servicio al país. De otro lado, y sin que ello signifique paradoja, este punto de partida es para nosotros diferente de los anteriores, porque, por mandato de nuestra identidad, hoy albergamos nuevos proyectos e intenciones, nos planteamos metas más altas y enfrentamos con la misma seriedad desafíos distintos, no solamente de orden institucional, sino también de naturaleza nacional. No puede ser de otro modo, desde luego, para una institución que, como la Pontificia Universidad Católica del Perú, define su

vida como una búsqueda constante – pues ése es el camino del saber – y asume como horizonte de sus preocupaciones más apremiantes el carácter de la vida nacional y, con él, sus problemas y posibilidades.

Deseo, pues, al dirigirles estas palabras reafirmar nuestras convicciones institucionales y razonar sobre la sustancia honda de los compromisos de la Universidad Católica como entidad de educación superior que se siente comprometida por igual con sus estudiantes y profesores y con las necesidades y metas del país entero.

No obstante, al iniciar estas reflexiones caigo en la cuenta de que podría resultar artificioso – y quizás, incluso, presuntuoso – de mi parte el dejar de mencionar de qué modo esta ocasión se encuentra rodeada de circunstancias muy particulares para quien les habla. En efecto, concluye en los próximos meses una etapa de diez años en que he tenido la responsabilidad y a la vez el privilegio de dirigir, como rector, esta Casa de Estudios donde obtuve mi formación humana e intelectual fundamental y a la cual se encuentra ligada tan estrechamente mi vida profesional, académica e incluso afectiva y familiar. No deseo, pues – no podría, en realidad –, ocultar la emoción con la que vengo a ofrecer este mensaje, en el cual deseo, a la vez que reafirmar y sugerir el rumbo de nuestra institución, iniciar el recorrido del inagotable camino de la gratitud humana por los dones y favores recibidos. Permítanme,

pues, empezar a decir gracias – muchas gracias – a todos quienes desde una u otra posición hicieron posibles los méritos y los logros que pudieran haber tenidos las dos gestiones rectorales que se me confiaron y que en pocas semanas llegarán a su fin.

1. Una década de transformaciones

Ya lo he recordado: la inauguración del año académico constituye por tradición, y porque así lo manda el carácter especial de la ocasión, un momento propicio para reafirmar nuestra identidad, para renovar nuestros lazos comunitarios y para confirmar nuestra adhesión a los principios que dan sustancia a nuestra vida institucional. En una Casa de Estudios como la nuestra, que proclama como fuentes de su acción la fidelidad a sus tradiciones y la incesante proyección hacia el futuro, probablemente la mejor manera de reafirmar esos lazos y esa adhesión sea el recapitular las experiencias vividas y recuperar las lecciones que ellas nos dejan, por un lado, y el enunciar nuestras metas en el año que comienza, por el otro.

En esta ocasión, he de pedirles su indulgencia para remitir la memoria de lo vivido no al año que nos antecede, sino, más bien, a los dos periodos de gobierno universitario que pronto concluirán, una etapa que iniciamos con una idea general, que era al mismo tiempo compromiso, deber e ilusión: la transformación de nuestra universidad para ponerse a la altura de los nuevos

desafíos mundiales, regionales y nacionales y para, de ese modo, seguir siendo una voz relevante en la vida del país y un apoyo seguro a la hora de enfrentar los miles de retos que asedian al Perú al iniciarse el siglo XXI.

Al cabo del tiempo, creo no incurrir en presunción vana ni en optimismo infundado si considero que el equipo de gobierno universitario – dentro del cual deseo expresar mi infinita gratitud a los dos vicerrectores que me han acompañado, el ingeniero Luis Guzmán-Barrón y el doctor Marcial Rubio-Correa – honró decorosamente su palabra, promoviendo cambios en nuestros programas de estudios, abriendo las puertas y ventanas de nuestra Casa, extendiendo sus brazos a nuestra sociedad y haciendo oír su voz – sin estridencias pero con firmeza – cuando ello era necesario para nuestra comunidad nacional. Fueron, en efecto, muchas cosas las que proyectamos realizar y que en efecto abordamos. Sería, por supuesto, impertinente referirme aquí a todas ellas. Y sin embargo, porque la memoria de lo vivido es tan necesaria para las instituciones como lo es para las personas, me animo a presentarles una muy breve síntesis de lo emprendido en los últimos diez años.

La Universidad que tuvimos el honor de recibir en 1994 era ya una organización madura. Consolidada como una institución seria, acababa de inaugurar su Centro Cultural en San Isidro y alentaba aquí, en el Fundo Pando, el desarrollo de no pocas carreras profesionales. Las maestrías empezaban a

asomar en número creciente gracias a la iniciativa de los departamentos académicos y a un marco legal estable. La investigación ocupaba igualmente a profesores y estudiantes, así como también el trabajo constante de proyección social. Fiel a su tradición de cultivar las ciencias y las letras, buscaba adaptarse además a las exigencias del mundo moderno, incorporando progresivamente los equipos informáticos en la tarea académica y en el quehacer administrativo. Consciente de la necesidad de vincularse más estrechamente con la sociedad y en especial con el mundo de la empresa, se preocupaba asimismo en impulsar los avances de su Centro de Servicios y Transferencia Tecnológica – CTT.

En toda entidad educativa, el crecimiento del alumnado y el incremento de su infraestructura son referentes claros de su salud institucional. Durante el período 1994-2004, la matrícula de nuestros alumnos ordinarios aumentó de 11 600 a 17 500, hecho que implicó una extensión de nuestra infraestructura que, solamente en nuestro campus, alcanza hoy los 44 000 metros cuadrados de nueva área construida. A ello debemos añadir los recintos adquiridos o levantados en otras zonas de la ciudad, entre los que destaca, ciertamente, el local en el distrito de Surco destinado a CENTRUM, nuestra escuela de negocios.

Ya sea con edificios nuevos o con ampliaciones de los existentes la construcción ha sido una labor constante que ha hecho posible no sólo ofrecer pabellones para unidades antiguas y nuevas, como Arquitectura y Urbanismo y Letras y Ciencias Humanas, sino ensayar maneras creativas de organizar los espacios como los pabellones de uso simultáneo.

Un reciente esfuerzo en este orden de la vida universitaria lo constituye el Coliseo Polideportivo, un recinto capaz de albergar a cuatro mil personas y que, como su nombre lo indica, se destinará fundamentalmente a las actividades deportivas, pero servirá también como sede para importantes actos institucionales, académicos y culturales.

Si bien en los últimos treinta años nuestro crecimiento ha sido constante en cuanto a infraestructura y alumnado, ello no debe distraernos de una cuestión fundamental como es el cambio cualitativo que estas cifras expresan. En efecto, lo que ese crecimiento nos dice es que nuestra Universidad ha consolidado su primacía entre las instituciones educativas de nuestro país.

La expansión mencionada puede y debe ser vista como la consecuencia de una serie de decisiones en el ámbito académico y administrativo que nos permiten hablar de un desarrollo institucional iluminado por un plan estratégico que por primera vez fue concebido por la comunidad universitaria en su conjunto. Y no podía ser de otra manera, pues las continuas

transformaciones que caracterizan la hora presente nos forzaban a señalar un rumbo preciso en el camino que transitábamos, rumbo que sintetizamos en la expresión “formación integral en tiempos de cambio”.

Con una misión y metas claras nuestra Casa emprendió la tarea de abrir nuevas especialidades de pregrado. Así, al amparo de una nueva Facultad, las cinco carreras profesionales que conforman las Ciencias y Artes de la Comunicación empiezan a mostrar hoy sus peculiaridades y potencialidades dentro y fuera de nuestro campus. En esta misma perspectiva, la nueva Facultad de Arquitectura y Urbanismo nos señala la riqueza de una formación que unifica los aportes de las ciencias exactas, las ingenierías, las ciencias sociales, las humanidades y las artes.

Tres facultades revelan, de otra parte, una reacción atenta a los cambios. Ingeniería suma a sus seis especialidades ya existentes la de Ingeniería de las Telecomunicaciones; en igual dirección viene afinando el proyecto de constituir la especialidad de Mecatrónica. La Facultad de Letras y Ciencias Humanas, por su parte, ofrece ya, desde el primer semestre del año pasado, la nueva especialidad de Geografía y Medio Ambiente. Ciencias Sociales, finalmente, ha iniciado con renovados bríos los estudios en Ciencia Política y Gobierno, primero colaborando con los esfuerzos de la Escuela de Graduados para establecer y consolidar los estudios a nivel de postgrado y, recientemente,

anunciando el inicio de los estudios de pregrado a partir del 2005. Del mismo modo, nos aprestamos a desarrollar con vigor el área de la administración concebida como gestión en una Facultad de Gestión y Alta Dirección, al mismo tiempo que robusteceremos nuestros estudios de Contabilidad proyectándolos hacia los temas de auditoría y finanzas.

Si por un lado quisimos mejorar y ampliar nuestra atención a estudiantes de pregrado, por el otro creímos fundamental robustecer especialmente los estudios de posgrado. No creo exagerar si afirmo que nuestra Universidad ha conocido en estos diez años un verdadero auge durante el cual se han creado una veintena de maestrías y cinco doctorados, estos últimos en Derecho, Filosofía, Antropología, Matemáticas y Administración Estratégica de Empresas, y todos ellos en el marco de la Escuela de Graduados, que ahora ya supera con largueza el millar de alumnos.

El desarrollo institucional que comentamos no se ha producido únicamente en el campo de la enseñanza. La investigación ha entrado también en ebullición. Al Centro de Estudios, Investigación y Difusión de la Música Latinoamericana debemos sumar en estos diez años el Instituto de Estudios Ambientales, el Instituto para la Calidad, el Centro de Innovación y Desarrollo, el Instituto de Estudios Europeos, el Centro para el Magisterio Universitario (MAGISPUCP), el Centro de Tecnologías Avanzadas de

Manufactura (CETAM), el Centro de Análisis y Resolución de Conflictos (antes Centro de Conciliación y Arbitraje), el Centro de Negocios de la Universidad (CENTRUM), el Centro de Investigación, Capacitación y Asesoría Jurídica, el Centro de Investigación de la Arquitectura y la Ciudad y, muy recientemente, el Instituto de Democracia y Derechos Humanos y el Centro de Estudios Filosóficos.

Centrada en la labor de los profesores, la investigación constituye también un ejercicio constante entre los estudiantes, sea como parte de las tareas de un curso, como en el caso de los robots que construyen los alumnos de Electrónica, sea como actividades extracurriculares, como en los numerosos coloquios de estudiantes que convoca la Facultad de Letras y Ciencias Humanas.

Ya lo hemos dicho: nuestra Universidad se define por su búsqueda incesante del conocimiento y por la constante renovación de sus metas. De acuerdo con ello, nuestra Casa de Estudios se lanzó en la última década a la conquista de dos nuevos ámbitos: la educación continua y la educación a distancia para extender los beneficios de la educación universitaria a un público más amplio que aspira a prolongar y renovar su formación, ya sea que se encuentre en nuestro campus o muy lejos de él, ya sea que se trate de jóvenes graduados que aspiran a nuevas calificaciones o de adultos mayores

que redescubren con lozanía la vida académica en la “Universidad de la Experiencia”.

La ejecución de la mencionada modalidad a distancia no sería posible, hay que subrayarlo, sin el concurso de la Dirección de Informática, unidad de apoyo que viene transformando el trabajo universitario a través de la intranet, hoy llamada “PUCP Virtual”. Junto a este cambio tecnológico, se ha hecho necesario crear la Oficina de Comunicación Digital a fin de darle un mayor sentido “comunicacional” al cada vez más importante sitio web de la Universidad, que hoy sobrepasa las mil quinientas páginas.

Una dimensión crucial en el quehacer universitario y que explica en parte todo este desarrollo institucional es la selección y admisión de sus estudiantes. La creación de la Oficina Central de Admisión constituyó una respuesta a los tiempos nuevos en los que una competencia descarnada, al amparo de una nueva legislación permisiva, nos puso frente a proyectos institucionales universitarios que hemos recusado públicamente por supeditar los altos valores universitarios y la función social de la universidad al frío cálculo del costo y el beneficio.

Este escenario, como señalaré más adelante, ha sido motivo de permanente preocupación y nos ha movido a perfeccionar nuestros procesos de admisión. De esta forma han surgido el Ciclo Inicial, el examen La Primera

Opción y una renovada versión de los exámenes tradicionales de admisión, ahora denominados Evaluación del Talento.

La imagen de la Universidad no ha estado al margen de las deliberaciones en el seno del Consejo Universitario. Quienes me han acompañado en la dirección de la Universidad como miembros del Consejo Universitario han tenido en perspectiva que nuestra Casa debía convertirse en un foro académico competente en los más diversos campos del saber y, simultáneamente, en un vocero reflexivo y crítico de la realidad nacional.

En la dirección señalada, se entendió necesario establecer ante todo una Oficina de Imagen Institucional que, aportando conocimiento técnico y gestión ejecutiva de alta calidad, reforzara nuestros vínculos con la sociedad y sus instituciones. Con este mismo fin, se creó una oficina de Protocolo dependiente del Rectorado.

Atenta, pues, a las necesidades de la nación nuestra Casa ha asumido intensamente la responsabilidad de comunicar su contento o su desazón de maneras diversas y apropiadas en cada caso.

Así, en el plano de la excelencia, ella ha conferido en la última década quince doctorados *honoris causa* y veintinueve profesorados honorarios a personalidades peruanas y extranjeras; también ha reconocido a doce nuevos profesores eméritos y ha creado la Medalla de Honor R.P. Jorge Dintilhac

SS.CC. para distinguir a las personas que se destacan por sus aportes a la vida nacional en el orden de la creación intelectual y la difusión de valores cívicos y morales. De manera complementaria, en el ámbito de la vida nacional, en repetidas oportunidades nuestra Casa ha debido pronunciarse públicamente sobre los momentos lamentables o críticos, cumpliendo así con el imperativo moral de ser conciencia cívica para el país.

Un tema vinculado con la imagen institucional es el de la relación con nuestros egresados y graduados. Mucho del prestigio de nuestra Casa se debe a la alta competencia de nuestros ex alumnos en instituciones públicas y privadas. Por ello se tomó la decisión de fortalecer los lazos con la asociación que los agrupa y contribuir a sus fines en tanto miembros de la comunidad universitaria. En este sentido, se están dando pasos acelerados para que la presencia de los graduados en los órganos de gobierno de la Universidad sea pronto una realidad.

Las universidades en general y la nuestra en particular han tenido siempre presente la necesidad de mantener contacto con sus pares. Sin embargo, en los últimos años nuestra Casa ha desarrollado una especial vocación por las vinculaciones interinstitucionales, pues entiende que el saber y el progreso de la ciencia no se pueden circunscribir a un país y menos a una solitaria institución universitaria. Consecuencia de ello es la cantidad

sostenidamente creciente de convenios suscritos en los diez años que comentamos, superior a los seiscientos cincuenta. Entre ellos, debemos destacar que las dos terceras partes de los acuerdos internacionales han sido celebrados con casas de reconocido prestigio.

Otra faceta importante y un claro reconocimiento a nuestra institución antes que a mi persona ha sido mi elección, por dos períodos consecutivos, como presidente de la Unión de Universidades de América Latina – UDUAL, asociación que agrupa a más de ciento cincuenta instituciones de educación superior en la región.

No obstante lo dicho, la internacionalización es una estrategia sobre la que existe todavía mucho por hacer, en particular en lo referente a la acreditación internacional, única forma de tener verdadera presencia en el contexto supranacional. Con vistas a ello, la Oficina de Promoción y Desarrollo ha sido sustituida, desde el 2001, por la Dirección de Relaciones Internacionales y Cooperación.

Otro motivo de preocupación constante en esta década ha sido la mejora de las condiciones administrativas en nuestra Universidad. Gracias a los avances en informática, los procesos académico-administrativos en las unidades y en la administración central caminan hacia la homogeneidad y automatización plena, reduciendo tiempos y costos. Un ejemplo palpable lo

hallamos en el proceso de matrícula que, gracias a PUCP Virtual, se puede realizar hoy desde cualquier parte del mundo, lo que ha hecho posible olvidar las largas colas que solían formarse durante los días de matrícula.

En el plano del personal, la política remunerativa ha permitido conservar el poder adquisitivo de los trabajadores y en los últimos años empezar una política de franca mejora en los haberes de los docentes, particularmente de los de tiempo completo. Esto, ciertamente, exige un manejo mucho más eficiente de los recursos y la disposición de información pertinente para la toma de decisiones. En esa medida, el establecimiento del Sistema de Información Contable y Presupuestal, SICOP, y la determinación de contar con un presupuesto institucional que rija anualmente a la Universidad, son medidas dirigidas al logro de dicho propósito.

En general, la implementación del plan estratégico y el desarrollo institucional que hemos descrito han demandado la transformación de la administración central y la generación puntual de oficinas que contribuyan a proporcionarnos una institución más ágil y moderna.

Quisiera señalar un último tema al que nuestra gestión ha dado un especial impulso. Ante las ciencias y las letras, escenario propio de nuestra Universidad, al que los años sesenta y setenta sumaron el de las ciencias

sociales, este tiempo de cambios abrió las puertas de nuestro claustro hacia diversas manifestaciones del arte

Una de ellas es el teatro, que hemos alentado tanto en el orden formativo como en el de la actividad pública. A las iniciativas que el Centro Cultural ha liderado, brindando hospitalidad o promoviendo directamente el montaje de obras, debemos sumar el aporte de la especialidad de Artes Escénicas. Junto a ellos, hay que destacar el relanzamiento del Teatro de la Universidad Católica, entrañable unidad que tanto brillo ha dado a nuestra Casa en más de cuatro décadas de existencia.

Haber mencionado al Centro Cultural en su labor teatral nos recuerda inmediatamente a esa séptima expresión del arte a la que hemos dado acogida también en el período reseñado. Gracias a la pujanza del Centro Cultural, “*elcine*”, nombre con el que convocamos al encuentro latinoamericano del arte cinematográfico en Lima, ha adquirido nombradía en el ámbito internacional y ha lanzado ya su octava convocatoria para el presente año 2004.

Al lado de estas actividades, debemos contar, cómo no, a la música. Ella encuentra nuevos espacios en nuestro claustro bajo la batuta diestra del Centro de Estudios, Investigación y Difusión de la Música Latinoamericana, que nos asegura un momento de música culta cada jueves cultural y que ha sabido congregarse a manifestaciones tan propias como el Coro Femenino, el Coro de

Madrigalistas, el Cuarteto de Guitarras Aranjuez, el Conjunto de Música Antigua y el Cuarteto de Cuerdas Lima.

Paralelamente, en el tiempo que comentamos la danza ha ocupado un lugar especial en nuestra Universidad, gracias al trabajo tesonero del Centro de Música y Danzas Peruanas, CEMDUC, y al Grupo de Danza Contemporánea de la Universidad, ANDANZAS.

La literatura, finalmente, ha merecido también un espacio propio entre nosotros. Junto a las publicaciones académicas, usuales y crecientes año tras año, el Fondo Editorial y el propio Rectorado han impulsado la publicación de colecciones literarias de difícil o escaso acceso. La obra completa de Vallejo y la colección *El manantial oculto* son dos ejemplos de ello.

Todos los ámbitos que hemos mencionado le han proporcionado y le ofrecen cotidianamente a la Universidad un valor distinto y un servicio adicional a la sociedad, el de ser un instancia viva que preserva y alienta el cultivo no sólo de las artes plásticas y las letras, sino de las expresiones artísticas en general.

2. El sentido de nuestra vida institucional

Son, pues, muchas y variadas las iniciativas emprendidas y llevadas a buen resultado en estos años. Y si por un lado cabe congratularnos por estos logros colectivos, que hubieran sido imposibles sin la dedicación y la

excelencia de todos los miembros de nuestra comunidad, por el otro lado es imperativo preguntarnos por el sentido profundo de todo cuanto hemos emprendido y obrado. Nada puede resultar más perjudicial para una institución como la nuestra, en efecto, que el ceder a un simple impulso por hacer y crear sin causa reconocible o sin propósito moral de altura que justifique nuestros esfuerzos. Entre la dispersión y el desarrollo, entre el crecimiento inercial y la maduración de una voluntad que se afirma, hay abismos de distancia que no podemos permitirnos desconocer.

Una de las mentes más lúcidas y sensitivas del siglo XX, el poeta T. S. Eliot, escribió: “Tuvimos la experiencia, pero extraviamos el sentido / Un acercamiento al sentido recupera la experiencia”. Él hablaba, como sabemos, de una turbia realidad general, de las tribulaciones de una civilización prisionera de un secularismo ingenuo, reducida a la banalidad de la experiencia histórica lo mismo que a la inanidad de la vida cotidiana. Pero es dable – de hecho, ahí reside la fuerza de la genuina poesía - aplicar esa amonestación general a nuestras realidades particulares para decir – para decimos – que es una tarea ineludible de nuestra casa rescatar en todo tiempo y circunstancia el sentido profundo de su obrar.

Así, no deseo hoy limitarme a relatar la experiencia que durante diez años hemos compartido; aspiro, también, a que examinemos juntos el

significado del camino recorrido. Y puesto ante esa tarea, me animo a afirmar, sin temor a caer en redundancia, que el núcleo moral de nuestros empeños prácticos no ha sido otro que el de preservar y fortalecer el sentido de nuestra misión como Universidad – esto es, como casa atenta al universo del quehacer y del destino humano – colocando en el centro de ese esfuerzo la defensa de la palabra, esto es, el rescate de la acción humana con sentido y del diálogo razonable como vía para la convivencia y el bienestar en nuestra patria.

Sabemos que la pérdida del valor de la palabra es una de las grandes calamidades de nuestro tiempo. Ello es cierto no únicamente para nuestro país, sino también para el escenario mundial. Entre la mentira y el cinismo, entre la voluntad de destrucción alimentada por ambiciones y fanatismos y la simple banalidad de la cultura del entretenimiento masivo, las promesas de una vida mejor para todos en este siglo que comienza se ven una y otra vez defraudadas, desmentidas por guerras innecesarias y colosales escándalos de corrupción, y sin embargo, lo sabemos, es nuestro deber perseverar con tenacidad – con terquedad, inclusive – en la defensa del valor de las palabras, que es tanto como decir, al fin y al cabo, la defensa de la verdad.

No es ocioso, en este punto, que reflexionemos brevemente sobre las razones por las que esa defensa es responsabilidad principal de nuestra

Universidad, por qué en ella se ha de expresar en primer lugar nuestra fidelidad a los compromisos que tenemos contraídos con nuestra sociedad.

Lo hemos dicho en varias ocasiones previas similares a ésta y ahora es momento de repetirlo: la Universidad es el recinto de la palabra, porque su misión es la creación, acumulación y transmisión del conocimiento humano. Nada, ni edificios ni maquinarias, ni paredes ni equipos, puede sustituir entre nosotros, universitarios, al poder del discurso compartido y del diálogo, incluso la discusión, de buena fe. Podemos imaginarnos la enseñanza y el aprendizaje desprovistos de todo recinto material – y ahí está, en el origen de nuestra tradición, el sabio peripatético impartiendo sus lecciones y sus dudas en un paseo con sus discípulos – pero sí es un contrasentido practicar la vida universitaria ahí donde la fe en las palabras se ha perdido y donde el discurso – ese vehículo de nuestra inteligencia y de nuestros afectos – se ha pervertido en mentira y fraude o se ha adelgazado hasta convertirse, apenas, en lenguaje instrumental, propio para manuales de este o aquel aparato, pero no para la creación de relaciones humanas.

Ahora bien, si el cultivo y la defensa de la palabra con sentido son una obligación genérica nuestra en tanto Universidad, ambos constituyen también un deber particular, en tanto que institución que se reconoce y se proclama católica y que, en cuanto tal, busca y encuentra su camino y su inspiración en

las Sagradas Escrituras. Ellas, precisamente, nos enseñan en el libro del Génesis que en el principio era el Verbo. Y es en ellas, asimismo, donde encontramos esta revelación insuperable: el primer mandato conferido por Dios al hombre fue el de nombrar a las cosas. La Palabra, que es *logos* o sentido, se constituye así en el origen del universo y se sitúa en las raíces de la existencia humana en cuanto experiencia que es al mismo tiempo terrenal y trascendente. Por ello, no hay pueblo sin lenguaje, como no hay lenguaje que no consienta un acercamiento al sentido del mundo y de la existencia.

Pero ella, la Palabra, no es para los católicos solamente vehículo del conocimiento y de la humanización del mundo por mandato de Dios. Ella es, también, fundamento de nuestra comunidad, cimiento de nuestra existencia como criaturas de un mismo Creador y, por lo tanto, como hermanos en el mundo que fuimos invitados a cohabitar. Es cierto: ella, la Palabra, es nuestro lugar común, el espacio de nuestro encuentro, es el bien supremo que compartimos en la comunión, ese acto que rememora y, más que eso, restituye y actualiza la unidad del Verbo y de la carne.

3. Palabra y sentido en el Perú

Al hablar del deterioro de la palabra en nuestra patria, y de la necesidad de restituir su significado, viene a nuestra mente, en primer lugar, el bochornoso régimen político que una considerable porción de nuestra

población aceptó o toleró en la última década del siglo XX. Hoy, a casi cuatro años de acabado ese gobierno, todavía se sienten en nuestra vida nacional las secuelas de la descomposición moral que en ese entonces llegó a sus niveles más bajos. Lo vemos en el Congreso de la República, aún hoy preso de la irrelevancia y de la desfachatez, y quizás no sea una burda ironía hacer notar que esa institución que debería ser pilar de nuestra democracia, y que hoy es albergue de demagogia y discursos huecos o mendaces, recibe también el nombre de Parlamento, es decir, de casa de la palabra. Pero esa misma degradación la encontramos en muchos otros espacios de nuestra vida pública, en los usos cotidianos de nuestra cultura, como lo muestran día tras día las emisiones de los canales de televisión donde los peruanos recibimos, en lugar de información seria para la formación de una opinión sólida, continuas raciones de mediocridad, frivolidad y chabacanería justificada por los apetitos comerciales de sus gestores y dueños.

Sería, sin embargo, engañoso reducir la degradación cívica y moral de nuestra Nación a los sucesos de la década del noventa. Lo cierto, hemos de reconocerlo, es que ella comenzó antes y sólo encontró su expresión más descarnada en los últimos años del siglo XX. Esa debilidad de nuestro diálogo civil se encuentra, en rigor, en la raíz de la crisis general y permanente de la

democracia en el Perú, siempre en trance de recuperación y siempre tropezando con fracasos a los que no acertamos a poner nombre definitivo.

¿Cuál es, pues, el nombre de nuestros sucesivos tropiezos como Nación que intenta hacer realidad su vieja promesa republicana? Me atrevo a decir que ese nombre es *insignificancia*: pérdida del sentido, incomunicación entre los peruanos, desapercibimiento de los compromisos que contraemos al dar nuestra palabra como autoridades o como ciudadanos corrientes, sordera ante la interpelación de los demás y sobre todo ante el clamor de los desposeídos y los despreciados, complacencia en el debate estéril, concentrado más en la interjección y el apóstrofe, acaso en la salida ingeniosa, que en el argumento y la demostración.

Es en esa insignificancia donde hay que buscar, pues, los más graves obstáculos a la marcha de nuestra Nación. Ahí se podría encontrar, por lo pronto, la raíz de nuestra atribulada y frustrante pugna por el desarrollo, lucha angustiosa y al mismo tiempo inconducente por la falta de entendimiento de nuestra comunidad política y la consiguiente ausencia de metas claras, aceptadas y queridas por electores y autoridades. Arruinado el diálogo cívico, nuestros canales para tomar decisiones públicas claras resultan, en efecto, precarios y, sobre todo, equívocos, es decir, remitentes no a uno sino a varios

sentidos posibles, según la interpretación de cada quien, y por lo tanto, inútiles para la formación del consenso y para la unión de fuerzas y voluntades.

Por lo demás, si esa carencia de significado tiene efectos penosos en nuestra procura de desarrollo y bienestar, ella se ha manifestado de la manera más trágica, en las dos últimas décadas del siglo XX, cuando setenta mil peruanos murieron por efecto de la violencia y, en última instancia, por esa forma radical de la incomunicación que consiste en no reconocernos unos a otros como seres humanos dotados de igual derecho a la vida y a la dignidad.

Así, si el desarrollo reclama de nosotros, además de competencias técnicas, una restitución del diálogo razonable y razonado entre peruanos, la defensa de los derechos humanos nos exige, además de una puesta al día de nuestro orden jurídico y nuestro sistema judicial, una recuperación de otro bien elemental: la mirada humana y compasiva hacia los otros, que a la larga es también la forma de ser humanos y compasivos con nosotros mismos.

4. El problema en la educación

Estas observaciones y comentarios tienen un solo norte, señalan en una sola dirección: la impostergable regeneración de nuestro sistema educativo escolar y, en lo que nos concierne, también universitario. Es en este ámbito, en efecto, donde se forma, moldea y potencia la inteligencia de las personas en

un sentido específico: inteligencia entendida como la capacidad de captar el sentido de las cosas y hacerse cargo de ellas.

Es terrible, en efecto, para la vida de nuestra Nación la negligencia con la que sucesivos gobiernos han permitido el desmoronamiento de nuestro sistema educativo en todos sus niveles. Lo es, a tenor de lo dicho, no solamente, y tal vez no principalmente, por la pérdida de competencias técnicas y profesionales que ello ha acarreado, sino también porque ello ha dado como resultado una deshumanización de nuestra sociedad, la atonía de nuestra vida cívica, la descomposición de nuestra política y el quiebre de nuestro mundo de valores. Desprovista de una comprensión básica de la importancia de nuestros asuntos – de lo que *está en juego*, en cada caso – nuestra existencia colectiva ha perdido también la agudeza para distinguir lo aceptable o deseable de lo que debería causarnos repulsión. La incompreensión, la banalidad, tienden a colocar todo – actos corruptos, espectáculos groseros, propuestas absurdas o impertinentes - en el mismo nivel que sus contrarios y nos conducen a suspender nuestro juicio moral, nuestra facultad de discernir y escoger lo bueno y conveniente frente a lo que carece de valor permanente.

Lo he recordado antes: frente al sinsentido y la arbitrariedad, frente a la amenaza siempre vigente de la insignificancia, la Universidad ha de actuar en todo tiempo y en toda sociedad como el reducto y la fuente de la palabra con

sentido. La discusión y la reflexión, el atesoramiento y la transmisión del saber, la construcción de puentes entre la meditación detenida y la acción que avanza están en su naturaleza desde siempre y siendo fiel a esa naturaleza una Universidad es, también, leal con las sociedades que las albergan.

Preocupa, por ello, como hemos señalado en ocasiones anteriores, que también la experiencia universitaria haya recorrido caminos inciertos en nuestro país: el abandono de la universidad pública, muestra del desinterés de las autoridades, es uno de ellos; el otro es el surgimiento de un modelo de inspiración pragmática y de perspectivas cortas que alguna vez hemos denominado la *neouniversidad*.

La neouniversidad se constituye, en efecto, a partir del despojo de sentido de la enseñanza. En ella, la búsqueda del saber es sustituida por el culto a una razón instrumental que se rehúsa a todo cuestionamiento. En ese modelo, ya no se trata de formar personas en la plenitud de sus capacidades, sino de promover una educación unidimensional, desprovista de la riqueza y de los matices necesarios para desplegar a plenitud la conciencia del estudiante. Ese espacio de compromiso con el saber que debería ser la universidad queda reducido, así, a una mera relación contractual entre el maestro y el alumno, en donde no cabe el examen de la diversidad del conocimiento y de la realidad humana y en donde, por supuesto, tampoco hay

lugar para el examen de las consecuencias éticas de la ciencia y del quehacer profesional. En la neouniversidad, la especialización extrema es la norma y, por tanto, en ella la desintegración del conocimiento encuentra un lugar en el cual prosperar. En la neouniversidad, los resultados se miden por su inmediatez y no por su trascendencia y, por ello, lo fugaz es más importante que lo permanente. En la neouniversidad, sólo se considera útil lo que rinde dividendos y, por tanto, la ciencia se transfigura en una caricatura de sí misma.

5. Universidad Católica: la palabra y la ética

Lo sabemos bien. No es esa la práctica de una universidad auténtica y responsable; mucho menos puede serlo para una universidad que se proclama católica. Entre nosotros, arte y ciencia, método y técnica están remitidos siempre a una búsqueda del sentido, y por ello, en nuestra comunidad, el aprendizaje y la enseñanza no se reducen jamás a instrucción y entrenamiento, sino que son, de modo estricto, educación: formación humana, apertura a la diversidad del mundo, cultivo de la palabra como medio de iluminación de nuestro intelecto, como fuente motivadora de nuestros actos y como alimento constante de nuestra vida espiritual. Y es a ello a lo que en rigor nos referimos al decir que el horizonte de nuestra vida institucional es el humanismo.

No reduzcamos el humanismo a la erudición. Él es, fundamentalmente, una perspectiva ética que antecede al cultivo de la ciencia y de las letras y que

los justifica. Practicar el humanismo significa, en efecto, entender que el deber-ser es anterior al ser, asumir la precedencia de los valores frente a los hechos. Sin ese resguardo moral, como se ha visto en el siglo XX, la ciencia corre el riesgo de desprenderse de sus fines verdaderos o, peor aún, de someterse a intereses que la obstruyen y la enajenan. Por el contrario, el conocimiento éticamente conducido, empeñado en aprehender la vastedad y la pluralidad de la experiencia humana, no se inclina ante ninguna consigna, no consiente ninguna restricción y aspira sólo al cumplimiento del Bien.

Así, pues, el saber asumido sin restricciones, dentro de una comunidad abierta al diálogo, y la formación que atiende a la complejidad de la persona humana, constituyen dos rasgos de la identidad permanente de la Universidad Católica.

Ahora bien, no es sin propósito que he invocado la pluralidad del conocimiento al mencionar el carácter humanista de nuestra comunidad académica. En efecto, si nos reconocemos, según propongo, como buscadores de sentido, es conveniente señalar que esa búsqueda implica abrirse a la admisión de lo diferente en cuanto diferente. Buscar el sentido es comprender que estamos aquí y ahora para dialogar con los demás, incluso si ese diálogo cobra la forma de la discrepancia. El sujeto inteligente – el ser humano habitado por la voluntad de comprender – no se concibe jamás como un

colonizador de lo Otro, presto a anular sus particularidades para convertirlo en territorio de conquista de nuestro propio ser, sino, más bien, como un ser hospitalario: como seres inteligentes, como sujetos de comprensión, invitamos a lo diferente – a los Otros – a ingresar en nuestra casa y a formar parte de nuestra conciencia.

Nos hace falta, en el Perú, recuperar o construir ese sentido de lo diferente, esa vocación de pluralidad tan arraigada ahí donde la palabra pública subsiste de manera saludable. No es eso lo que encontramos en nuestra vida común, sino, por el contrario, dos extremos perversos de la pérdida del sentido, como son la intolerancia y la indiferencia. La primera, como sabemos, es un rechazo a toda posibilidad de comprensión, que es desplazada por la negación y la supresión de aquello que, por diferente, hallamos intolerable. La segunda – la indiferencia – no implica rechazo ni supresión, pero no por hábito de tolerancia, sino porque, en el fondo, no nos sentimos concernidos por los otros. La recuperación de nuestra vida cívica exige, pues, la recuperación del diálogo entre seres con voluntad de comprender, y a ello quiere contribuir nuestra Universidad en todos sus actos institucionales, tanto en la preparación de profesionales con sensibilidad moral y social cuanto en la creación de espacios de discusión y encuentro para la sociedad peruana.

6. Final

La palabra – el lenguaje – tiene una preciosa virtud: ella, él, liberan al ser humano de la prisión del tiempo presente y le permiten regresar al pasado, a la experiencia vivida, para hallarle fundamento y así, como dijo Eliot, recuperarla definitivamente. Es lo que he intentado en estos minutos: hacer explícita la razón de nuestros afanes y logros en una década de transformación y renovación institucional. Pero, así como nos abre las puertas al pasado, el lenguaje nos permite también prever y enunciar el futuro, concebir y hacer inteligible una visión, dar forma definida y reconocible a nuestras aspiraciones y, en última instancia, proponer y proponernos una guía para nuestras acciones. Proclamando el valor que deseamos realizar y la identidad que queremos conquistar o preservar, ganamos la necesaria ilación para nuestros actos mediatos e inmediatos y así, una vez más, gobernamos mejor nuestras vidas, hacemos de ellas experiencias sensatas, con sentido. Así, si en vísperas de concluir esta gestión rectoral he querido recordar el significado de lo vivido, no puedo concluir sin proclamar el significado de lo deseado para el porvenir de nuestra Casa común, de esta Universidad nuestra que se acerca a sus primeros cien años de vida. Tiempo atrás, en una ocasión similar y a la vez diferente de esta, me permití proclamar las convicciones de nuestra gestión, aquellos valores que la guiaban y que quisimos hacer encarnar en nuestra vida

universitaria. Concédanme ahora la posibilidad de describirles, a sólo trece años de ese centenario, el arco de mis ilusiones y de mis esperanzas.

Espero ver fortalecida nuestra comunidad universitaria mediante la integración y la convergencia de las voluntades de todos sus miembros;

Espero que nuestra universidad profundice el encuentro fecundo entre los ideales de la excelencia académica, la objetividad científica y el compromiso social;

espero una universidad cada vez más abierta y hospitalaria, convocadora de todos los saberes e inquietudes intelectuales y casa acogedora de las mentes más audaces y los ánimos más resueltos y solidarios;

espero una universidad que sea paradigma de la convivencia pacífica y creativa que necesitamos en el Perú, en la que siga siendo posible la coexistencia entre personas diferentes así como la coexistencia de la ciencia y la poesía, del lenguaje de las categorías formales y el lenguaje simbólico de las artes;

espero, pues, que la Universidad Católica siga predicando con el ejemplo la virtud inagotable de la tolerancia y de la búsqueda incansable de la paz;

espero, también, una universidad resuelta, audaz y generosa en sus propósitos, que así como tiende vínculos entre saberes, siga siendo, como pontificia, hacedora de puentes entre los peruanos y entre el Perú y el mundo;

espero una universidad que no se deje aprisionar nunca por el egoísmo del saber ensimismado y que, en lugar de ello, tenga siempre y cada vez más presente que su saber es privilegio, pero sobre todo obligación hacia los demás: hacia los que sufren, hacia los que esperan justicia, hacia los que anhelan con pleno derecho una vida mejor;

espero, en suma, que nuestra Universidad, casa de la palabra, universal porque es Católica, sea en el momento de su centenario un espacio de encuentro y de diálogo entre los peruanos y un lugar en el que nuestras aspiraciones democráticas, pacíficas, humanitarias, encuentren sentido concreto, apoyo, impulso y aliento.

No es modesta mi esperanza, pero tampoco infundada a la vista de lo logrado con el esfuerzo de toda la comunidad académica. Sabedor de que en este momento, al iniciar este periodo lectivo, nos acercamos un paso más hacia el cumplimiento de ese sueño, agradecido, infinitamente agradecido por haberme permitido servir a nuestra Casa como rector, y encomendando nuestros esfuerzos a la Providente Benevolencia de Nuestro Señor Jesucristo, declaro inaugurado el año académico 2004.

Ceremonia de inauguración del año académico 2004
Palabras del rector de la PUCP
Viernes 16 de abril

Muchas gracias.

Salomón Lerner Febres

Rector

16/04/2004